

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTÓRICA, LITERARIA Y ARTÍSTICA

2.^a ÉPOCA

Año 1969 - Números 153-58



SEVILLA

PUBLICACIONES
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTORICA, LITERARIA
Y ARTISTICA



DEPÓSITO LEGAL, SE - 25 - 1958



Publicaciones de la
EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL DE SEVILLA
DIRECTOR: JOSE J. REAL

Impreso en España, en los Talleres de E.C.E.S.A. - Conde de Barajas, 21 - Sevilla, 1970

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA
HISTORICA, LITERARIA
Y ARTISTICA

PUBLICACION BIMESTRAL



2.^a Epoca
Año 1969



Tomos L - LI
Núms. 153 a 158

PUBLICACIONES
DE LA EXCMA. DIPUTACIÓN PROVINCIAL
DE SEVILLA

ARCHIVO HISPALENSE

REVISTA HISTORICA, LITERARIA Y ARTISTICA
2.^a EPOCA

1969

ENERO A DICIEMBRE

Núms. 153 a 158

CONSEJO DE REDACCION

EXCMO. SR. D. CARLOS SERRA Y DE PABLO-ROMERO, Presidente de la Diputación Provincial.—DR. D. JOSÉ HERNÁNDEZ DÍAZ.—DR. D. JESÚS ARELLANO CATALÁN.—DR. D. FRANCISCO LÓPEZ ESTRADA.—DR. D. ANTONIO MURO OREJÓN.—D. LUIS TORO BUIZA.—Sr. Secretario de la Diputación Provincial.—Sr. Interventor de la Diputación Provincial.

Director Honorario: D. MANUEL JUSTINIANO MARTÍNEZ.

Director: DR. D. JOSÉ J. REAL DÍAZ.

Secretario de Redacción: DR. D. JOSÉ MANUEL CUENCA TORIBIO.

Administrador: DOÑA ARACELI SHAW GARCÍA.

SUMARIO

ARTICULOS

Págs.

Juan Infante-Galán.— <i>Los Céspedes y su señorío de Carrión</i>	9
Fernando Franco Dominguez.— <i>Tiempo y poesía en Antonio Machado</i>	99
Francisco Aguilar Piñal.— <i>Diego Alejandro y el origen de la imprenta sevillana</i>	107
Edmundo A. Heredia.— <i>Un temprano proyecto de reconocimiento de la independencia americana por España, presentado por Miguel Cabrera de Nevarés (1821-1822)</i>	117
José Manuel Cuenca Toribio.— <i>La política exterior de la España dieciochesca. Sus instrumentos: marina, ejército, diplomacia.</i>	135
José Castellano.— <i>Sentido y formas de las vanguardias en el teatro contemporáneo</i>	151

MISCELANEAS

Jorge Bernales Ballesteros.— <i>Una pintura original de Bernabé de Ayala en Lima</i>	175
Francisco López Estrada.— <i>Venecia (con Sevilla al fondo).</i>	181

TRABAJOS BIBLIOGRAFICOS

Francisco Aguilar Piñal.— <i>Adiciones a la tipografía Hispalense del siglo XVI</i>	193
Aurora Domínguez Guzmán.— <i>Índice de la «revista de ciencias, Literatura y artes» (Sevilla, 1856-1860)</i>	203

LIBROS

Esteban Torre.— <i>La educación en el año 2.000</i> . Hildegard Hamm-Brücher	395
Esteban Torre.— <i>Dos antisemitas y otras narraciones</i> . Sholom Aleichem	396
Carlos García Fernández.— <i>Un discurso del Dr. Sánchez de la Cuesta</i>	397
Daniel Pineda Novo.— <i>Plan de estudios para la Universidad de Sevilla</i> .—Por Pablo de Olavide.— <i>Estudio preliminar por Francisco Aguilar Piñal</i>	399
Daniel Pineda Novo.— <i>Las casas sevillanas de Francisco de Rioja</i> . Jean Coste	402
Juan Infante-Galán.— <i>Le poète Sévillan Juan de Salinas. (1562? 1643)</i> . Vie et oeuvre. Henry Bonneville	403
Juan Infante-Galán.— <i>Historia de Aznalcázar</i> . José María Vázquez Soto	406

V E N E C I A

(Con Sevilla al fondo)

La señora Mariutti me mostraba las salas en que la Biblioteca Marciana tiene recogidos los libros que tratan de Venecia. Por entre la columnata de los balcones se entreveía la isla de San Giorgio Maggiore, y entraba el leve bullicio matinal de Venecia. Dentro, en las salas, abrumaban las hileras de volúmenes que se han escrito refiriéndose de algún modo a la ciudad. La señora Mariutti ha escrito Quattro spagnoli in Venezia (Moratín, P. A. de Alarcón, Fortuny y Madrazo, y Sánchez Rivero). Españoles e ingleses y alemanes... «Todo está dicho», pensé, y decidí no escribir sobre el asunto. Pero no pudo ser; Venecia (como Sevilla) obliga, y no logré dejar la pluma quieta. Estas son las notas que un profesor de la Universidad de Sevilla, en viaje de intercambio cultural, escribió para comunicar con la palabra (¡de otro modo más leve no podría ser!) esta experiencia incomparable que representa la visita de Venecia.

En el fondo de estas reflexiones existe también una gran preocupación por Sevilla, la ciudad hermana de Venecia por tantos conceptos. Las viejas ciudades piden mucho a los que viven en ellas; no es lo mismo el que está de paso, que percibe el aire de la ciudad visitada como una ráfaga vivificadora de percepción artística y poética, que el que ha de convivir con las piedras antiguas y que siente su exigencia como patrimonio inalienable. Vivir con entera conciencia de lo que pide la ciudad vieja es difícil; hay que salvar cuanto merece el espíritu de la ciudad, que tiene en la arquitectura urbana su signo más visible, el que entra por los ojos y conmueve el alma. Se convive con el significado artístico de la ciudad a través de los paseos por las calles y plazas, y un ritmo de formas se va posando en el alma, y condicionando su percepción; y ese ritmo es el patrimonio de ciudades con el prestigio artístico de Sevilla y Venecia. Y es el que hay que conser-

var en un equilibrio tambaleante entre la ciudad-museo, despojada de la vida cotidiana, y la ciudad-olvidada-de-sí, en la que sólo se atiende al negocio de cada uno. En este equilibrio, la conciencia artística tiene su función previosa; hay una dinámica vital, compatible con el crecimiento de nuestra hora y con la conservación del legado de la tradición arquitectónica. Esta es única e insustituible, y cada error en su conservación es un daño irreparable. Que no se diga que no hubo avisos. En Venecia es la tragedia del sustento sobre las aguas lo que crea el temor; que en Sevilla no sea el descuido colectivo, el creer que todo tiene remedio y que la vida se acaba con uno. Que no sea incompatible el crecimiento urbano con la labor conservadora de lo que es piedra con espíritu, de lo que es espíritu en el ritmo de la arquitectura. En esta ocasión, el viajero se aleja de Sevilla, y llega a Venecia, y durante unos días se dedica a sorprender el espíritu de la ciudad hermana.

Estas impresiones aparecieron en la prensa sevillana, y ahora las doy aquí, retocadas para su presentación en nuestro «Archivo Hispalense».

I

LOS CANALES

Por los caminos de Italia, Venecia sorprende al viajero, aun al advertido. Ya nos avisaron y lo leímos en mil partes, pero la realidad de Venecia se sobrepone a las noticias. Venecia aparece como un lugar único en que tierra y agua se juntaron, no para mezclarse en fango, sino para repartirse en armonía lo que en juego sin igual se convierte en la ciudad «novia del mar». Nupcias de la tierra y del agua, su espacio urbano constituye un ámbito de vida cotidiana; en Venecia una larguísima y ajetreada historia ha dejado un tesoro de monumentos de la más dispar intención artística conviviendo en gracia original de armonía; y esto no con el frío de una exhibición museística, sino en medio de la vida cotidiana, que fluye brillante y rumorosa entre la arquitectura urbana sintiéndose libre y suelta. De pronto, el viajero descubre que la tierra de la ciudad está moldeada por un trabajo de siglos desde que los vénétoes primitivos comenzaron a asimilar las gentes que iban llegando y se quedaban, pues el

suelo tiene límites inexorables; y entonces ocurre el gran acuerdo de Venecia, que es contar con estas aguas, que son en el mundo las más cortadas por las embarcaciones que desde siglos van y vienen sin descanso. Y sobre las aguas mismas, en este acuerdo sin par, se ha levantado lo que para el viajero —contemplado desde una de estas barcas venecianas— es un desfile arquitectónico en el que los siglos despliegan en sucesiva demostración edificios de estilos muy diferentes, a los que el ritmo creador de Venecia otorga una hondísima unidad. Se suceden así los canales, y en ellos las aguas, como espejos mágicos, son superficies oscilantes donde los colores se mezclan y matizan al compás de las luces del día. Los canales entre las casas resultan así sorprendentes; y todos con su propia originalidad, tanto si contienen los fastuosos palacios como las humildes casas de vecinos. Los grandes canales, como el de la Giudecca, son amplias vías acuáticas, donde el Adriático va preparándose para convertirse en el suelo acuático de la ciudad; más adentro, el Canal Grande es la más lograda muestra artística de Venecia, con doscientos palacios en sus orillas, que se alzaron desde el siglo XII hasta el XVIII; y, a derecha e izquierda, los laberínticos canales van graduándose hasta estrecharse en canalillos insólitos en que los muros se tocan con las manos. Venecia resulta así una ciudad con las venas abiertas, por las que se derrama un gran suicidio de colores, en que existen dos dimensiones: la real de las aguas para arriba, que es un soberbio alzamiento de hermosas arquitecturas, y la que las aguas repiten mágicamente; en ellas lo mismo flota la basura urbana, que se logra aprehender la más hermosa reproducción —ay, de un instante y movediza— de los bellos edificios venecianos. Cuando las luces mezclan las formas de los ondulantes espejos, se diría que es inminente el arribo por sobre las aguas de embrujados paseantes del pasado —cuánta historia en la Serenísima República de un legendario romanticismo—, y entonces pasa una góndola.

II

LAS GONDOLAS

Ya sabemos que son barcas propias para la navegación de los canales, y su silueta nos es conocida por cuadros, grabados y fotografías. Al viajero, sin embargo, no le basta este reconocimiento, y siente la inquietud que se desprende del desafío de las formas puras que son las góndolas; el viajero recuerda la gracia de los animales en

movimiento —caballos, perros y peces—, y siente entonces como si todo fuese obra del mito, y piensa si la embarcación se cruzó con alguno de estos animales, y quedó lo que es como leyenda en forma de góndola.

Desde la Riva degli Sclavioni pueden tomarse los *vaporetti*, que son los autobuses marítimos de Venecia. Tienen también su encanto peculiar, y hay que ir y venir en ellos para acercarse al pueblo de Venecia; en ellos, el viajero se siente rodeado de las gentes para las que, lo que a él asombra, en ellas es el ámbito de la vida cotidiana; y cualquier gesto, una voz, un trozo perdido de conversación en el dialecto veneciano, a veces la mirada de un viajero ensimismado, nos recuerdan lecturas literarias, y Goldoni resulta que aún pervive, repartida su farsa entre todos los venecianos. Y el viajero piensa que la ciudad es como el alfarero diligente, que no deja de moldear a sus gentes mientras el tiempo pasa; y que los prepara para defenderse del vicio demoledor que en otras partes deshace la personalidad de los pueblos. Me dicen los venecianos que a veces es un sacrificio vivir en este espacio, pero los buenos siguen allí. (Oscura intuición: el pueblo se siente firme, y no importa que sus cimientos estén sobre las aguas, pues la cabeza está clara y sabe lo que quiere; los años no pasan en balde, y el veneciano es pueblo viejo, como el de Sevilla.)

Pero hay que dejar los bulliciosos *vaporetti* que sigan su mínimo cabotaje desde San Marco, Santa María della Salute, Santa María del Giglio, etc., y pasar bajo el puente de Rialto adelante. Hay que desentrañar el desafío de las góndolas. Ante la esbeltez graciosa de estas formas, el viajero piensa qué artesanos de minúsculos astilleros fueron afinando a través de generaciones el logrado diseño de las líneas; son como embarcaciones de altísima casta, resultado de cuidada selección. Se echa de ver en ellas el esfuerzo por lograr hasta el grado más apurado posible una embarcación que navegase ágilmente por los canales. En la góndola se manifiesta una vez más el enlace de esta situación genuina de Venecia: el acuerdo de las tierras y el agua. La góndola es para estas aguas urbanas, pues no puede ir lejos de la tierra; es ligera y dócil, preparada para aventurarse por los canales más estrechos. Esbelta en su proa que se alza como cuello de cisne con la insignia de los barrios, se desliza impulsada por la pértiga del gondolero. Parece no ir a parte alguna, pues para ir a un destino están las otras embarcaciones, y sirve sólo para la libertad del paseo, para deslizarse por sobre las aguas y alzar despacio los velos del secreto de Venecia. La góndola da la impresión de que navega de puntillas, temerosa de romper el silencio de la ciudad.

La góndola va de negro y no importa demasiado saber el por qué,

hay leyendas de sobra para ensombrecerla, y así pasan más entonadas bajo el Puente de los Suspiros. Nuestros escritores, como Pedro Antonio Alarcón, para no ser menos que Byron, cantaron la «góndola enlutada— como negro ataúd». Son como reliquias románticas que la ciudad guarda para enojarse con ellas. Aunque vayan silenciosas, les acompaña un halo de música melancólica, la que han soñado oír los viajeros del Norte, y de esta manera parece que el Carnaval de Venecia nunca cesa, y que la aventura de amor es inminente, pues la góndola pasea con aires celestinescos prometiendo un misterio que acaba por anegarse en cualquier destello de la luz en las aguas. Las góndolas son como joyas errantes, los aderezos que los viejos palacios se prenden en los postes de atraque. Tienen algo de firma de un mgromante que con negro trazo hubiese logrado la fórmula de la juventud enterna. Son como espíritus de la historia mayor y menor de la Serenísima República, de sus políticos y de sus amantes, que han quedado flotando sobre las aguas para que Venecia no pierda el sello de su gracia.

III

¡UNA CIUDAD SE HUNDE!

Cuando un navío corre el riesgo de hundirse, se da la voz de alarma. y con la prisa del riesgo todos corren a los lugares asignados y se organiza el salvamento. ¿Qué ocurre cuando lo que se hunde es una ciudad como Venecia? El grito se ha dado en Italia, y su resonancia llegó a Europa entera, porque Venecia (como Sevilla) es una ciudad con la que todos nos sentimos comprometidos. Montanelli, entre otros, ha denunciado el peligro desde el «Corriere della Sera», y el Gobierno prometió promover la defensa de Venecia, que afecta a cinco Ministerios, y para la que se pide también la cooperación de la UNESCO.

Lo grave, dicen los entendidos, es que la ciudad se despuebla, y las gentes la abandonan, como si la desgracia fuese cercana. Venecia no puede —como Sevilla— pensarse sólo como una ciudad-museo, y aun salvándola del riesgo de hundimiento, no puede el viajero imaginar que quede vacía como amarrada al Adriático, sin más que los visitantes que la admiren en el silencio de la muerte histórica. Venecia es una forma de la gracia de la vida, y por eso hay que salvarla con todos sus habitantes encima. «Está condenada a morir», me decía un enamorado de Venecia. Y le contesté que sí, como todo lo

humano, como nuestras amadas, aun las imaginadas apenas en el chispazo de un sueño y perdidas en el leve despertar; y añadí que las ciudades cuentan su vida por siglos, y que en 1969 Venecia existe para que podamos gustar de su gracia cuantos la visitamos, y por unos días nos sintamos sus vecinos atribulados, sin saber a qué atender: si a la excursión metódica en orden de monumentos religiosos y civiles, o al callejeo improvisado. Pero todo al ritmo que la ciudad ordena; Venecia no pide una visión circular de carrousel apresurado, con horario previsto y explicaciones en cuatro idiomas. Hay que vivirla por dentro (como Sevilla), ir de un lado a otro, a pie y en barca, dejando que el tiempo resbale por los relojes venecianos. Fuera, en la ciudad industrial de Mestre, quedó la frontera del descoyuntamiento de las prisas, de la violencia que se nos hizo hábito. En Venecia renace una calma que fue la de casi toda la historia de Europa. Volvemos a lo que fuimos, y las distancias son paseos. Esa es la condición que realza la ciudad: «su humanidad», ámbito a la medida del hombre establecido al compás de los paseos, logrado con ideas razonables. Sólo que Venecia, a diferencia de las demás ciudades, tiene este enredo único que es el juego de tierra y de mar, y esto acaba siendo una dimensión original de la vida veneciana. Hay que salvar a Venecia, pues logró ser un dominio sin igual en esta variedad europea que es nuestro común signo cultural; y los canales son trincheras que defienden esta originalidad de Venecia, y las calles («calli», «callete», «callesella») forman un laberinto, entrecruzado por los canales, que se remansa en unas plazuelas indefinibles («campi») en donde se anudan las direcciones. Canalillos y callejuelas condicionan el ritmo de la vida veneciana, y constituyen su insólita condición arquitectónica que se hace en seguida nuestra, y al mismo tiempo es testimonio de una historia que testimonian los edificios, y se hace vida de hoy en las gentes. Y todo esto no puede hundirse ni en el fondo de las aguas ni en la indiferencia de los hombres. (No sé qué es más peligroso, pues si en un caso es un grandísimo problema de ingeniería arquitectónica, en el otro —y piense en Sevilla— la cuestión se plantea en los límites de la conciencia personal.)

IV

LOS CUATRO ELEMENTOS: AGUA, TIERRA, AIRE Y FUEGO

Venecia es ciudad en la que los cuatro elementos se reunieron para constituir esta armonía que el viajero percibe si su mirada es cuidada.

cosa. Ya busqué su representación en atributos o signos de la ciudad, y declaré los dos primeros, que fueron el agua y la tierra. Me quedan los otros dos: aire y fuego.

El aire me pareció en seguida que sonaba como cristal de buena ley; sobre todo, cuando se oían las campanas, a las que me aficioné desde el primer día, en que me despertaron en el Hontel Bonvecchiati. Suenan los toques limpios y enteros, y la ciudad toda se me convirtió en caja de resonancias; creo que el efecto acústico de claridad lo producen calles y canales y los espacios abiertos de cara al mar; y el sonido modula la conmoción de la campanada entera, desde que el golpe hiere fuerte el metal hasta que el sonido se apaga en los trémolos finales, en el límite último de la percepción. Esta pureza hace de las campanas de Venecia una de las expresiones de su gracia; lejos quedan las estridencias que en otras partes enturbian la limpia audición de las campanas, y así en Venecia el aire transmite serenamente los toques por sobre la tierra y el agua, edificios y canales, mientras sólo un zumbido leve de colmena humana asciende de las calles.

Y falta el cuarto elemento: el fuego. En Venecia lo encontré también señalado fuertemente por la medida humana. El poder primario y destructor de la Naturaleza ardiente se domestica en los hornos que en la cercana Murano, a unos minutos de *vaporetto*, ponen al rojo y conforman el vidrio, esta materia delicadísima, adecuada para sutilezas tan del orden veneciano. El trabajo del cristal, que es obra manual y que modelan obreros con una técnica de siglos, tiene a la vez del impulso creador y de la paciente labor artesana, y en las vidrierías de Venecia se llega a los límites últimos en el empeño de convertirlo en materia artística. Se diría que el cristal le pide al aire las transparencias más puras: azules casi negros o casi blancos, en una matización lograda por la destilación de las horas más difíciles del color de los cielos venecianos; rojos que van desde la violencia del granate hasta la suavidad de una rosa de amanecida. Otras veces el cristal se multiplica en matices del verde en alocada competencia con la variedad de la naturaleza. O a veces son los colores más inesperados, como el acaramelado que sólo recordamos en los ojos del gato de la abuela. Y la materia, de pura transparencia (ya es un síntoma de bizantinismo lograr materia de esta naturaleza que parece se destinó a aprehender la imagen del espíritu), adopta las más diversas formas: la retocada gracia veneciana del caballero y la dama del siglo XVIII, el pájaro enamorado, el cisne que arquea desdeñoso el cuello el gallo reñidor, la figulina menuda o la lámpara, desde el modesto candelabro hasta la riquísima araña de afiligranada obra. ¡Qué importa que

luego esto lo comprenden turistas de idiomas extraños, y que sea a veces signo sólo del atolondramiento pasajero del que adquiere con dólares, marcos o cualquier otra moneda el color local! El cristal es noble, audaz, quebradizo, y será siempre una lección frente a la sordidez y achatado aplastamiento de las materias irrompibles. Para que la figulina se conserve y la lámpara siga luciendo, se requiere cuidarlos y el afán de que el recuerdo permanezca, y su rotura tiene que provocar el mismo drama que sentimos cuando se nos deshilacha una ilusión y no queda de un incendio de amor más que ceniza testimonial. Pues el cristal fue aire y fuego de Venecia, y su transparencia signo del espíritu, agudeza de concepto, una forma más de la gracia.

V

EL PARALELO CON SEVILLA

El viajero que de Sevilla llega a Venecia pronto percibe que las dos ciudades son a un tiempo diversas y concordes. De la diversidad se da cuenta enseguida, y sin embargo ella misma lleva dentro esta concordancia que quisiéramos expresar. Las dos ciudades están en lugares extremos, de cara una al Guadalquivir, que es vía hacia Africa y America, y de cara, la otra, al Adriático, que acerca a Grecia y a Bizancio, vía de Asia.

Sevilla y Venecia son arranques de camino: una hacia el Oeste, y la otra, hacia el Este. Son ciudades como arcos en tensión, que disparan a las gentes hacia otros mundos, pero al mismo tiempo ellas se aseguran firmemente en su función de frontera cultural. Y este doble sentido, el de las firmes raíces y el de señalar los caminos del mundo, se resuelve en la gracia inconfundible que da el tono a una y otra ciudad. La gracia de Venecia, como la de Sevilla, da color a todo: desde la más alta manifestación de la arquitectura hasta la menor de las actividades de sus gentes, y todo marcando un ritmo que el viajero pronto percibe como ley de vida en el conjunto.

En Sevilla, el mundo árabe da su tono a las resonancias culturales; por allá, en Venecia, es un Oriente que pasa por el Imperio Bizantino. La Basílica de San Marco es el anuncio de Bizancio; vistas desde las alturas del Campanile, las cinco rendidas cúpulas son pabellones de una embajada del Imperio Bizantino que se plantaron sobre este suelo en el lejano siglo IX, y dentro contienen el muestrario de un mundo de brillante belleza oriental. La explanada de la Riva

degli Sclavioni es una ribera abierta, y sobre ella el viajero siente ansias de subir a bordo de navíos quiméricos, y sobre ellos alejarse hacia el Oriente mágico, misterioso y enigmático; la isla de San Giorgio Maggiore es la primera escala de una navegación por mares interiores hacia puertos que luego abren caminos de tierra adentro, hacia el Asia. El viajero en la orilla de la ribera imagina también la vuelta de los navíos con su carga de mercancías, y los navegantes contando noticias que parecen fábulas. (¿No ocurre lo mismo a orillas de nuestro Guadalquivir? Sólo que el río sevillano está olvidado del que fue su destino, y sus orillas no ofrecen a los que a él acuden estos puntos de partida para la fantasía del viajero). La Riva veneciana es uno de estos lugares que aprietan el alma; recordamos noticias asombrosas de lejanos países: «como lo cuenta Marco Polo, sabio y noble veneciano de Venecia, tal como lo vieron sus mortales ojos». En esta orilla se descargaron mercancías de gran precio, las valiosas especias. Por la ciudad corrían las noticias maravillosas, y la leyenda acosaba a la verdad. En la Biblioteca Marciana se conserva el mapa del mundo conocido, el de fray Mauro Camaldolense (1459), en el que América está ausente, pero ya presentida por audaces soñadores. Cuanto viene de fuera, de Oriente y Occidente a través de Italia, se funde en este crisol veneciano, y pronto adquiere el signo de esta gracia, que tiene, a la vez, de romanticismo y un aire del viejo y sabio comercio que acaba siendo también arte del trato humano. Esto hay que sentirlo andando por entre este laberinto de calles estrechas, cruzadas por canales, que van a dar de tanto en tanto en plazuelas y desembocan al fin en la maravilla de la plaza de San Marco, donde toda Venecia se siente en éxtasis artístico: la plaza, con la Torre del Reloj, la Basílica, el Palacio Ducal con la Librería Marciana, culmina en el Molo, donde las dos columnas, con San Teodoro y el león de bronce, son el termino de su suelo, abriéndose sobre las inmediatas aguas del canal. Callejear es en Venecia un gozo, como lo es en Sevilla; son calles en las que se siente la alegría del paseo, descuidado el viajero de peligros mecánicos, donde se puede conversar al paso, o ir descubriendo esquina tras esquina asombros del gusto. (¿Qué haremos en Sevilla si nos quitan este gozo de la descubierta?) Las tiendas, de reducido espacio, con aire de intimidad, resultan así tentación, y el colorido del vidrio veneciano, de las joyas y de los bellos objetos luce detrás de los escaparates, mezclado todo con lo más común de la vida. Y de tanto en tanto, las sorpresas: San Zacarías, la Galería de la Academia, el campo de San Giovanni y San Paolo, donde está montando guardia, al estilo del más puro renacimiento, el condottiero

Colleoni, y tantos lugares más, dispersos en el laberinto veneciano, donde perderse es siempre aventura artística.

Por eso, la visita a Venecia (como la de Sevilla) es una experiencia que es necesaria para cualquier viajero; la ciudad representa el mirador por el que desde Europa se intuye el Oriente; por donde se pierden los rigores del hieratismo del arte bizantino, y se derrama la paleta del vivo color de los venecianos: son los Bellini, Carpaccio, Lotto y el inefable Giorgione, con el Tintoreto y el Veronés, que desenvuelven el sentido artístico de la ciudad, como en Sevilla lo hicieron otros grandes maestros de la pintura local. De la larga historia queda una base inmovible: la ciudad medieval era el punto de llegada y partida de las vías hacia el Oriente (como Sevilla lo fue después en los Siglos de Oro de España hacia América); la Serenísima República instituyó un molde político para la poderosa ciudad, mientras fue posible un orden a la medida de la misma, con su patrón humano tan firme. Y cuando las vías del mar se hicieron difíciles y se cerraron para el comercio, la ciudad se refugió en sí misma, y su extraordinaria disposición urbana defendió sus esencias y mantuvo el ritmo de las tendencias artísticas, que recogieron el proceso del arte europeo imponiéndole siempre el acomodo a su peculiaridad estética: el estilo veneciano es la obra de arquitecto, escultores y pintores en un común servicio de maestría artística (también en Sevilla existe algo parecido, y esta obra en común ilustra el espíritu de la ciudad). De ahí esta intuición del tiempo pasado que Venecia nos ofrece; el tiempo sólo puede detenerse cuando el arte queda tan cerca del hombre, que éste puede vivir percibiendo con plenitud su sentido, no importa que sea en el nivel humilde o noble. Y esto le acontece al viajero en Venecia, y siente encontrarse en una transitada senda, junto a los otros viajeros del pasado y del presente que han acudido allí en artística peregrinación. Somos así más accesibles a la emoción de la hermosa y humana arquitectura y del agua encauzada, y la ciudad con sus gentes, sus costumbres y su lengua, nos deja conmovidos por un encanto que no olvidaremos; nos obliga a sumar un amor más —el suyo— a nuestras vidas, porque Venecia (como Sevilla) sólo puede comprenderse enamorándose de ella.

Francisco LOPEZ ESTRADA

*Facultad de Filosofía y Letras
Universidad de Sevilla*